

DIEGO MARTÍN MONTILLA, EXPONENTE GIENNENSE DE LA POESÍA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Por *Manuel Urbano Pérez Ortega*
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

Resumen

Diego Martín Montilla puede ser tenido por el mejor poeta giennense de la generación juvenil participante en la Guerra Civil, a pesar de encontrarse con la muerte cuando sólo contaba dieciocho años. Junto a unos apuntes de su apasionada biografía, se ofrece una aproximación a la obra literaria, así como sus poemas hasta ahora conocidos, tanto publicados como inéditos.

LA literatura contemporánea giennense, salvo el reducido grupo de los años finales de la Segunda República, no ha contado con un haz juvenil tan homogéneo y, a la vez, tan ahormado con la poética más nueva de su tiempo. Una serie de voces prometedoras, las más de ellas adolescentes, que afirmábanse hacia una pronta y gozosa realidad creativa, ya en flor: José María Díaz Ibarzábal, Diego Martín Montilla, Rafael Palomino Gutiérrez, Cesáreo Rodríguez-Aguilera y José Rus Martínez. En ellos, siempre, el en-

tusiasmo y el estudio; con ellos, el amistoso magisterio de Rafael Porlán, el poeta del veintisiete, quien supo entusiasmarles con las vanguardias; entre ellos, una comunicativa e irrenunciable fraternidad poética.

Y sobre la blancura de estas voces no tardaría en caer el estallido de la Guerra Civil con toda la hiel en la saliva.

No está en mi ánimo, por ahora, estudiar a este sugestivo y sugerente grupo, del que han ofrecido interesantes referencias Cesáreo Rodríguez Aguilera y, ante todo, José Rus (1). Simplemente, muestro una mínima aproximación, poco más que la que conlleva el hecho de dar noticia, a la pluma más joven y vigorosa de ese concierto juvenil jaenés, la de Diego Martín Montilla.

I

Hijo de José Martín López, natural de Jabugo (Huelva) y de Josefa Montilla Pérez, de Jaén, nace nuestro poeta el día siete de noviembre de mil novecientos diecinueve en el número dieciséis de la sevillana calle Miguel Cid.

Al ser trasladado el padre a la vieja capital del Santo Reino, en su nuevo destino de capitán de Infantería, la familia se afinca definitivamente en ella cuando Diego sólo cuenta unos meses de edad. En Jaén prepara por libre el ingreso en el bachillerato, el que cursaría en el viejo instituto de la calle Compañía con brillantes calificaciones.

Desde muy niño siente Martín Montilla una gran atracción por la poesía y el teatro. Es un gran rapsoda al estilo de González Marín, al que imitaba con justeza en los recitados de «El Piyayo», «El Romance de la Lirio» y, ante todo, «La Amante», el poema de Rafael Alberti (2), en tantas cosas mentor del joven poeta.

Fue presidente de la Asociación de Estudiantes Católicos, en cuyo boletín publica sus primeros poemas y donde obtiene una serie de premios en los concursos literarios convocados con ocasión de la Fiesta del Estudiante, la que se celebraba dentro de las actividades conmemorativas de Santo To-

(1) Vid. «La Peña Mikra», págs. 95 y sigs. de *Agua pasadas*. Edit. Instituto de Estudios Giennenses, Jaén, 1990.

(2) No en vano José María Díaz Ibarzabal le dedica su poema «González Marín», publicado en *Vida Nueva*, Úbeda, 5 de julio de 1935.



Diego Martín Montilla.

más de Aquino; así, en 1934, le son concedidos el premio, primer y segundo accésit, junto con la mención honorífica, respectivamente, por «La Serpiente y el León», «Recuerdos del barrio», «Acotaciones y otras cosas» y «Muere Jesús»; al año siguiente, 1935, vuelve a obtener el primer premio y el primer accesit por sus composiciones «La soledad de Fedor» y «Ramillete». La mayoría de las distinciones le son concedidas cuando el poeta, un niño de catorce años, despierta el interés de Antonio Alcalá Venceslada, el ilustre escritor y lingüista, quien le dedica sus libros con las siguientes frases, tan halagüeñas: «Al poeta D.M.M.», «Al culto folklorista D.M.M., con afecto» y «A.D.M.M., joven literato de muy riente porvenir, afectuosamente».

Con su corta juventud, Diego no sólo publica en el Boletín de los Estudiantes Católicos, sino que encuentra abiertas las páginas culturales de los periódicos de la capital, caso de «República», e, incluso, las de los más acreditados de la provincia, como lo era el ubetense «Vida Nueva». El riente porvenir que le augurara el autor del «Vocabulario andaluz», era por entonces un reconocimiento en la pequeña capital de provincia. Así, con ocasión del estreno en el teatro Cervantes de «El Caballero de Olmedo», obra de Lope en la que Diego realizaría el papel de Don Alonso, el diario conservador «La Mañana» lo presenta como «el joven e inspirado poeta Diego Martín Montilla» (3); sólo unos días antes de conmemorarse el centenario de Lope de Vega, cumplía dieciséis años.

Concluido el bachillerato, menos de un mes más, todo será radicalmente distinto. La sublevación militar, la Guerra Civil, la cerrazón, el odio, la sangre, la muerte.

Los acontecimientos se suceden. Muy poco tiempo después de iniciada la contienda fratricida Martín Montilla es detenido, junto algunos otros jóvenes amigos, y acusado por los milicianos de realizar actos de sabotaje contra la República. ¿El delito? Pura nimiedad; por los aledaños de la plaza de Santa María jugaba con otros muchachos a, brincando, señalar el lugar más alto que podían golpear con la palma de la mano. La mala fortuna les hizo desprender de la pared algún cartel de propaganda militar de guerra; el juego se convierte en tragedia. Conducido a comisaría, no sólo preocupa a sus familiares la grave acusación, sino, también, sus antecedentes como dirigente de los Estudiantes Católicos. Gracias a la rápida y eficaz intercesión ante las autoridades del impresor Rafael Palomino, y, ante to-

(3) Jaén, 21 y 22 de diciembre de 1935.

do, la del abogado y poeta Diego Vadillos Lechuga, Martín Montilla obtuvo pronta libertad sin cargo alguno; sin embargo, jamás retornarían a sus lares bastantes de los que fueron detenidos esa aciaga tarde.

Desde entonces, nada volverá a ser lo mismo; todo se conjugará radicalmente distinto.

Sucede una especie de súbita conversación paulina. Diego, joven sencillo, apasionado, de naturaleza vehemente, encuentra en el bando leal a la República un ideario y un compromiso al que entregarse sin reserva. El «Eco de Jaén» —18-XI-1936—, publicaría un poema con su firma de más que significativo título, «Comunismo»; y, junto a la poética, la praxis: se inscribe como voluntario en los cursos que para la titulación de alféreces se celebran en los locales de la antigua Sociedad Económica. Concluye los mismos y es teniente; muy poco después es ascendido a capitán y destinado al frente de Córdoba. La despedida a sus compañero y amigos, tan revolucionaria como mesiánica, aún se recuerda: «o vuelvo con un mundo nuevo entre las manos o no me volveréis a ver más».

El hasta entonces poeta de cuidado aspecto, de negro cabello engominado, se deja crecer la barba y la melena; es un poeta luchador, el que recita en las trincheras, que arenga a sus soldados, que desprecia el miedo. No había cumplido diecinueve años y ya era capitán por méritos en el campo de batalla; sólo tenía dieciocho años cuando, un cierto día del mes de junio de 1938, se encontró con la muerte cerca de Pozo Blanco, en Castuera, la que se le acercara arropada en la vileza de la traición y la que le segara su cálida voz niña con una crueldad inusitada. No se conoce bajo qué árbol de aquel rincón cordobés pudo encontrar el cuerpo de Diego su descanso.

II

Nada más lejos de mi ánimo que reivindicar la producción poética total de Diego Martín Montilla, la que, como le será fácil apreciar al lector en la recopilación que efectuó, no pasa en su mayor parte de ser mero ejercicio cordial para manos pequeñas. No obstante ello, se impone resaltar la juvenil madurez y el oficio literario que poseía el oficiante de poeta cuando sólo cuenta catorce y quince años de edad, quien acierta a cincelar algunos versos, a jugar con inquietantes metáforas, y hasta a levantar el noble y difícil edificio del soneto sin apenas violencia verbal alguna, a la vez que le

redondea con finura en los tercetos, algo que, por cierto, no sabe construir algún que otro poeta maduro, comprovinciano de la época, tenido por maestro. De todos modos, sorprende más que gratamente y por ello es justo subrayarlo que, hasta en los poemas más ingenuos y de menor fortuna, estos textos fueron escritos por quien no era más que un niño, todo un elocuente exponente de la esperanza literaria que depositó esa generación conocida como la edad de plata de la cultura española, y la que fuera cercenada por los más varios tipos de guadañas inmisericordes.

De los catorce textos que conozco del poeta, los que ofrezco (4), bien pudieran ser divididos en dos grupos. Uno, primero, lo compondrían una serie de poemas escritos en el bienio 1934-1935, y en los que las influencias de Alberti y su «Marinero en tierra» son tan manifiestas como las del Lorca más regional y colorista —«Canción del primer amor», «Romance de luto y luna»—, sin que falten ecos de un romanticismo tardío —caso del interesantísimo «Atardecer», de terceto final de espléndida imaginería— e, incluso, de los fabularios de Alcalá Venceslada, como bien puede apreciarse en «El león y la serpiente». En definitiva, toda una etapa de tanteo, de búsqueda, de formación; pero la que, a su vez, nos habla con claridad de la existencia en ciernes de un auténtico poeta, de quien dudaríamos de su corta edad de adolescente si no estuviera ratificada por la fecha de la impresión de sus textos.

El primer poema que recojo, inédito, «La duda de los ojos verdes», y al que considero como el más antiguo, está repleto, desde luego, de ingenuidades, así como de los ecos más simples de un Lorca o Alberti, aunque no faltan los aciertos o las imágenes felices que no esconden la influencia del magisterio del de Fuente Vaqueros —«limpios de leche y cristal / los blandos son las lágrimas / que caen del puerto a la mar»—, o la del mismísimo Rafael Porlán —«Verdes. El enigma son / de unos puntos suspensivos / en una interrogación»—, que anuncian ya el poeta amplio y de imaginativo vuelo.

Igual criterio puede aplicarse a los dos textos siguientes —«Un alto an-

(4) Es más probable que llegase a publicar otros, al menos, en *República*, que tan buena acogida diera a todo el grupo, o en la ubetense *Vida Nueva*, de tanta atención a la juventud literaria republicana de la provincia.

También es presumible que Rafael Ortega Sagrista, a quien facilité copia de los poemas que antologo par el trabajo que proyectaba sobre nuestro poeta, conociese otros textos suyos, a la vez que conservaba algunas noticias y detalles biográficos entre las páginas de su diario, según me participara.

te Jesús» y «Semana Santa»—, inéditos y a los que no me atrevo a fechar —¿1933?—, que nos aportan la capacidad de oficio que está adquiriendo su autor, quien no sólo no se queda circunscrito al metro breve, sino que, muy por el contrario, se atreve con el soneto, el que casi redondeará en el siguiente, «Atardecer», el primer poema del que tengo noticia que llegara a publicarse y el que cuesta trabajo pensar que esté escrito por un chaval de quince años. No le queda a la zaga, aunque de lenguaje bien diferente, puramente sencillo y jaenés, de corte popular y sentencioso, la fábula que intitula «El león y la serpiente», en la que, tal vez, Alcalá Venceslada le marcara esos atisbos de folklorista y un gozoso porvenir poético.

Poco más podemos encontrar en «Ausencia Azul», cuyo primer verso es un práctico calco del lorquiano «Mi niña se fue a la mar», y en la «Canción del primer amor». Puede que merezca cierta atención su valentía en los encabalgamientos; pero sobresalen las ingenuidades y la cercanía de los magisterios. El siguiente texto, «Tarde», tampoco aporta lo más mínimo a lo dicho e, incluso, frente al cuidadoso construir del autor, no tiene el necesario aseo en medida y rima. Por último, en «Romance de luto y luna», están patentes los rodados tópicos gitanescos del poeta de Fuente Vaqueros.

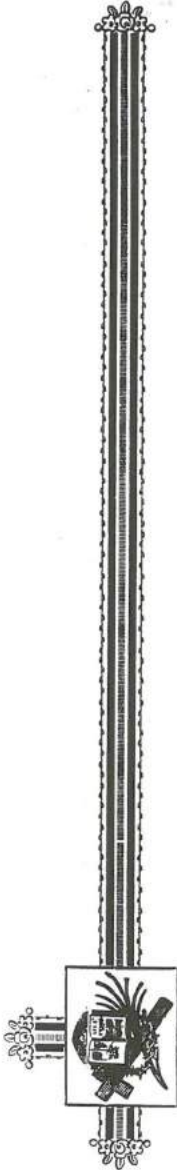
¿Quién es, por tanto, Diego Martín Montilla? Sin mayores rodeos: un jovencito que escribe bien; muy bien para su edad, en ocasiones. Nada más; nada menos.

Una segunda etapa, radicalmente diferente y, como no podía ser por menos, ideológicamente radicalizada, agrupará los poemas de guerra de nuestro autor: cinco textos publicados en prensa entre los meses de octubre y noviembre de 1936, más otro inédito.

En efecto, un terrible y despiadado golpe y todo será distinto. Diego se instala voluntario en la vecindad de la muerte. El niño que es, se faja en hombre, en decidido soldado de la República. El poeta ya es redondo con este nombre; la voz también tiene su destino y la palabra, preñada por la rabia y la idea, es luchadora y miliciana. Quién lo diría; sólo unos meses, y hay madured por todos los costados.

Así, el libérrimo «Comunismo» es un borbotón doctrinarista, declamativo y falto del necesario cuidado, que nos resulta interesante por cuanto pueda contener de biográfico.

Diecisiete años cuenta el poeta-soldado y encontramos irrefutable militancia política y literaria en sus nuevos textos —«rojo amanecer incendia



Asociación de Estudiantes Católicos

DIPLOMA DE HONOR

Concedido a D. Diego Martín Megilla
 por haber resultado digno de Exornio según
 el dictamen emitido por el correspondiente Jurado, su com-
 posición "San Desprende y el Rey"
 en el Certamen dedicado a Santo Tomás de Aquino.

Jaca, 7 de Marzo de 1934.

El Presidente de la Comisión
Antonio Ariz

El Secretario
Manuel Pérez



/ la madrugada del mundo» (...) «el alerta de sus puños»—, en sus limpios y elocuentes romances por los que asoma el magisterio bien asimilado de Miguel Hernández —«martillo de voz amarga / golpeándonos los muslos»— y, ante todo, bellísimas metáforas y una imaginería novedosa:

«Frente a los trus donde bailan
—locos de tinta— los números,
hombres nuevos estremecen
el viejo nervio del mundo».

Y lo que es evidente en su «Romance de veinte siglos», redoblará, acertando, en «Romance del valiente capitán»:

«En el bastidor del campo
borda la fusilería
bodoques de plomo duro».

En efecto. Un Lorca y un Hernández conjugados en el desgarrar de una voz propia: «las sombras de tu costado / muerden metal de agonía» ... «murió entre rectas de pólvora». La garra poética y la rabia bélica son unas, en mi opinión, en los tres romances hermosamente incendiados de pasión y arrojo que componen esta segunda parte. Tres romances que son póstico de una madurez literaria total con la que se ofrece Martín Montilla en los cuarenta y un versos de «Esta es mi voz», su último poema, en el que nos conduce, casi medio siglo después, tanta sinceridad: «España: / este carbón caliente, hallado improviso»; en el que nos entusiasman sus largos y caudalosos versos, rítmicos, bien recogidos a pesar de los borbotones que les fluyen agujoneados por «las espuelas del hambre y de los siglos», cuando, perdida toda inocencia, es imposible buscar el alba de las cosas. En «Esta es mi voz» nos encontramos con el que, no obstante algún muy modulado eco del de Orihuela, se me ofrece como el mejor poema giennense de guerra, algo que, a mi juicio, le hace digno acreedor a su autor de ser huésped de la literatura giennense de todas las épocas.

Para finalizar, una pregunta que no me parece ociosa, ¿Cuándo escribió Martín Montilla éste, su último poema?

Difícil resulta aventurar una fecha más o menos definitiva; no obstante, estamos por apostar que debió ser compuesto durante los últimos meses de 1937, o en los primeros de 1938. Dos razones nos mueven a ello. Una, primera, es la evidente calidad alcanzada, el nuevo estilo, bien distante del de sus romances, al que llegaría tras la necesaria maduración. La segunda

puede venir dada de modo expreso en los versos finales, claves a este respecto: «Pero esta sangre joven que (...) suspende en el aire el relincho de un caballo», los que, a mis ojos, hacen clara referencia al «Guernica» de Pablo Picasso, donde también está el grito con «el perfil verdadero de la muerte». De todos modos, fechas a un lado, lo que interesa es subrayar el texto, el gran poema del poeta niño quien, con sus dieciocho años, quebró el más riente porvenir de la literatura giennense de la segunda mitad de nuestro siglo.

Mas por encima de estas someras notas de nuestra opinión, queden los poemas.

III

Primeros pemas:

«LA DUDA DE LOS OJOS VERDES» (5)

Al poeta Rus, cordial
y admirativamente.

Niña, me han dicho
que en tus ojos está el mar;
¿estará?
¿Estará, niña bonita?,
¿estará?
Aunque me han dicho que sí,
yo no me puedo creer
lo que digan de ti.
Lo que me digan de ti;
porque también me dijeron
que esos ojos se han cansado
de amar a los ganaderos.

(5) Manuscrito del propio D.M.M. Inédito, se encuentra en cinco páginas de libreta escolar, resultando la última ilegible. Propiedad de José Rus Martínez, a quien tanto debo.

Pero yo no lo creí
porque no puedo creer
lo que me digan de ti.

* * *

Niña, ¿pero sevillana
puedes ser, con esos ojos
y esa carita de plata?
Y si sevillana no eres
con ese rostro de plata
y con esos ojos verdes.

Más que de mora, mocita,
tú tienes la cara, toda,
de sirena arrepentida.

De sirena o de serpiente
con ese rostro de plata
y con esos ojos verdes.

* * *

Verdes. El enigma son
de unos puntos suspensivos
en una interrogación.

Pero tus ojos no ven;
tus ojos andan perdidos
buscando yo no sé a quién.

¿A quién será?

¿Será a mí?

¿Al hijo del mayoral
o al Torres de dura crin?

¿A quién será...?

¿Será a mí...?

¡Ay si fuera, si lo fuera!

¡Mi amor te espera!

¡Te espero yo!

Porque al otro no lo quieres,
 ¡no!
 ¡Mi amor te espera!
 ¡Te espero yo!
 Al novio no le quieres
 ¡no!
 Eso en tus ojos se ve;
 tus ojos andan perdidos.
 Niña de la mar sin barcos,
 por las costas de ese mar
 ¿no navegarán balandros?
 Limpios de leche y cristal
 los balandros son las lágrimas
 que caen del puerto en la mar.

* * *

Niña, me han dicho
 que en tus ojos está el mar;
 ¿estará?
 ¿estará, niña bonita,
 estará?
 Verde y azul marineros (...)

«UN ALTO ANTE JESÚS» (6)

A mi abuela, cariñosamente.

Romero del dolor, en romería
 caballero de todos los caminos,
 hoy detengo mis pasos peregrinos
 desierto el corazón, el alma fría.

(6) Poema mecanografiado, del que no me consta su publicación. Archivo Rafael Palomino Gutiérrez.

Los detengo ante Ti, ante el que un día,
Señor de los amores cristalinos,
hicistes firmes los deseos divinos
crucificado por la pleba impía.

Paro porque mi sed sea colmada,
paro porque la luz de tu mirada
alumbre mis senderos peregrinos
para que siga siendo, día tras día,
¡caballero de todos los caminos,
romero del dolor en romería!

«SEMANA SANTA —MOTIVOS—» (7)

¡Semana Santa, Pasión!

Soledad:

¡qué coplilla cantarí
limpia de vino y bordón!

Hasta el gamo del pinar,
bajaría a mi saeta
si yo supiera cantar...

Si yo supiera cantar
como los marineritos
que se fueron a la mar.

¡Semana Santa. Pasión!

Jesucristo:

¡siete coplas, siete velas,
te encendí en el corazón!

(7) Vid. nota anterior.

«ATARDECER —PAISAJE— (8)

A José A. de Ochoa, gran
amigo y espíritu selecto.

En la tarde otoñal, amarillenta,
es todo palidez, melancolía.
Palidez es la faz augusta y fría
que en mármol sepulcral muda se sienta.

El Sol guarda su luz en gira lenta:
y todo es terminar, todo es poesía.
¡Qué hermoso es ver morir el viejo día
en la avenida larga y cenicienta!

Tarde sentimental; ¡si los pintores
la pudiesen captar! ¡Qué reflejada
en la fría palidez de tus colores
está la tarde aquella en que extasiada
entre mis brazos expiró de amores
la escultura de mármol de mi Amada!

«EL LEÓN Y LA SERPIENTE» (9)

Trabajo premiado en el concurso literario celebrado por la F.E.C.
en la Fiesta del Estudiante.

En un paraje frondoso
clamaba el rey de la selva,
a una serpiente maligna
que escuchaba bien atenta.
«En la vida, no lo dudes,
lo que domina es la fuerza,

(8) Publicado en *República*, Jaén, 6 de marzo de 1934.

(9) Publicado en el núm. 9 de *Estudiantes*, Jaén, 9 de mayo de 1934.

En el diploma obtenido como premio, figura el título de «La serpiente y el león», Jaén,
7 de marzo de 1934.

pero la fuerza aplicada
con ímpetu y con nobleza,
que por ser noble y ser fuerte
yo soy el Rey de la Selva».

La serpiente por los suelos
así le habló por respuesta:
«Haces mal, fiero león,
ponderando la nobleza;
apretando en el gaxnate
y sin alardes de fuerza,
más a la chita callando
se gana uno la existencia».

El león, como negando,
sacudió su gran melena...

Acertó a pasar entonces
una multitud de fieras
por el lugar donde solos
mantenían la controversia;
a la serpiente maligna
uno por uno desprecian,
al león todos saludan
inclinando la cabeza.

De lo narrado deduzco
la siguiente moraleja:

Toda persona que anhele
tener limpia la conciencia,
ser respetada y querida
por la gente honrada y buena
en estas humanas lides
debe luchar con nobleza.

«AUSENCIA AZUL» (10)

A E. Ortega Anguita,
con la amistad de siempre.

Mi niña se habrá ido al mar
y yo la estoy esperando...
lo estará ahora contemplando
—marinero en alta mar—,
...y yo la estoy esperando
¡y mi niña se ha ido al mar!

Mar azul de Andalucía,
¿qué tienes tú para que
te quiera la niña mía!

¡Niña mía!...

La niña que se me fue
a la mar de Andalucía.

Marinero,

si la ves alguna noche
desde tu barco velero
dile que yo la quiero,
dile cómo yo la espero,
marinero.

Si la ves alguna noche
desde tu barco velero.

Mi niña no viene ya,
me la robó el marinero.
Aunque sé que no vendrá
noche tras noche la espero.

(Sirena,

¿nunca me viste?...

En mi faz hay una llena
semblanza de luna triste.

(10) En *Estudiantes*, núm. 10, Jaén, diciembre, 1934.

Sirena,
¿nunca me viste?...
...Eso haré algún día, sirena:
algún día me iré a los mares
en el corazón la pena
y en la boca los cantares).
Mi niña se habrá ido al mar
y yo la estoy esperando.
Lo estará ahora contemplando
—marinera en alta mar—,
y yo la estoy esperando...
¡y mi niña se ha ido al mar!

«INVIERNO —CANCIÓN DEL PRIMER AMOR—» (11)

Canción del primer amor
muerto para la alegría
y vivo para el dolor.
Ay, amor sentimental
cuando yo ya paseaba
mi rebeldía ideal.
(¿Recuerdas, di, niña loca?
¡Bellas horas del poniente!:
Había un clavel en tu boca
y una azucena en tu frente.
¡Ay, mañanita serena!
¿Recuerdas, niña divina!:
Amortajó tu melena
el crespón de mi chalina).
Ay, amor que ya pasó:
clavo que se me ha clavado
¡clavo que se me clavó!

(11) En *Estudiantes*, núm. 11, Jaén, enero de 1935.

¡Cómo se fue aquel amor,
 cual se ve la mariposa
 volando de flor en flor!
 ...¿Y si el recuerdo se apaga?
 ¿Y si el recuerdo se pierde
 y queda una cosa vaga?
 ¡Amor de tiempos lejanos,
 hasta tu recuerdo quiere
 escaparse de mis manos...!
 ¡Mas no se me escapa, no;
 por algo se me ha clavado,
 por algo se me clavó!

«TARDE...» (12)

Al joven escritor Martínez Gallego

¡Qué tristeza suave!
 ¡Qué pensamiento gris!
 ¡Qué soledad sin árboles!
 ¿Quedará alguna aurora tras el monte?
 ¿Y tú —mujer, sirena, mito—...?
 ¿Quedará tu perfil
 esculpido en el aire?
 ¿No quedan corazones, corazón mío,
 que sepan comprenderte, que es amarte!
 ¿No acarician mis manos?
 ¿Siente mi alma sin ritmo?
 ¿Ni una rosa, ni un lirio?
 ¿Ni un ay, ni una canción?
 ¿Ni un pájaro, ni un niño...?

(12) *Vida Nueva*, núm. 191, Úbeda, 25 de febrero de 1935. Diego Martín lo fecha, Jaén, 9 de febrero de 1935.

Soledad del paisaje:
¡Ni un viento ni una rosa!
Quiero escribir con sangre
mi última oración:
—Corazón, corazón,
¡hemos llegado tarde!

«ROMANCE DE LUTO Y LUNA» (13)

A Emilio Domínguez Guzmán.

La luna ronda esta noche
con siete alfileres blancos.
El horror miente campañas
de bandoleros serranos.
El viento, por entre juncos,
besa a los lirios morados,
y despierta en los caminos
un redoblar de caballos.
En la blanca cal de un muro
las dos sombras se encontraron:
sombrecito cordobés
el botín de tacón alto.
Un compadre los miraba,
fiel testigo de descargo.
En la cal bailan dos sombras
con dos facas en la mano.
Un hombre rodó por tierra;
dos maldiciones sonaron.
Una luz roja brilló
en un viejo campanario.
Carmen, Soledad y María,

(13) En *Estudiantes*, núm 13, Jaén, mayo de 1935.

hijas del pobre gitano
muerto, arrastran por el monte
sus perfiles enlutados.

El viento oculta en sus pliegues
veinte lirios desangrados.

¡Qué pena lleva la luna
con siete alfileres blancos!

Poesías de guerra:

«COMUNISMO» (14)

Para el camarada Martí de Gracia.

I

Y te acercaste tímidamente, suplicando:
«Camarada..., ¿quieres llevarme “en tu coche”».
Tembló tu cuerpo sucio, bajo la ropa miserable;
nadie supo decirte que todo aquello
es «nuestro» (no tuyo y mío: de todos)
y tembló tu cuerpo sucio bajo la ropa miserable.
¡Pero si tú has tendido esa cinta de piedra
por la que corre el coche
y has secado la fuente de tu triste existencia
encorvado en el trigo, para sacar el oro
que debían pagar muchos de ellos en América!!!

II

Ibas a enterrarlos.
También a tu mente se acercó la miseria.

(14) *Eco de Jaén*, 18 de septiembre de 1936.

Si no comprendes, camarada, que el momento era nuestro;
que en el amanecer rosado en que cuajan milenios,
sólo un instante dominamos el mundo
(aquel en que arrancamos siete vidas miserables
a siete bellos cuerpos, sin temblar bajo el látigo
y sin sentir, sintiéndolo, cuánto vale una vida).
Si no comprendes eso, mi pobre camarada, ya no es tiempo.

III

Y por eso tu hijo nos pertenece

«¡ROMANCE DE VEINTE SIGLOS!» (15)

Al poeta J. Arroquia Herrera.

Veinte siglos de dolor
están pidiendo tributo:
martillos de voz amarga
golpeándonos los músculos.
Veinte siglos de dolor.
veinte látigos enjutos,
bosque de gritos rebeldes,
yunque de lamentos justos.
Veinte siglos por la Historia
pasean su pecho oscuro.
Pero los hombres buscaban
el limpio diamante oculto:
los hombres siempre entre límites,
siempre delante de un muro.
clavan en los horizontes
el alerta de sus puños.
Frente a los truts donde bailan
—locos de tinta— los números,

(15) *Eco de Jaén*, 7 de octubre de 1936.

hombres nuevos estremecen
 el viejo nervio del mundo.
 ¿Quién abre de par en par
 tanto balcón al futuro?
 ¿Qué sangre joven está
 profundizándose en surcos?
 ¡En las paredes del tiempo
 alguien gravó un signo duro!
 ¡Plenitud! ¡Hora en solsticio!
 ¡Orto del instante puro!
 Rojo amanecer incendia
 la madrugada del mundo.
 Veinte siglos de la Historia
 huyen con su pecho oscuro.

«ROMANCE DEL VALIENTE CAPITÁN» (16)

Ya nunca vería tu frente,
 capitán de las Milicias.
 El gesto recién planchado,
 siempre estrenando sonrisas.
 ¡Ay!, capitán miliciano
 ¿quién te dio capitanía?
 ¡si eran estrellas de muerte
 estrellas que tú lucías!
 Seis puntas, seis, señalando
 perfil de una muerte misma.

* * *

Por monte de altos abetos
 anda la gente enemiga.
 La tarde corriendo loca
 con un jinete sin bridas
 en la cueva de la noche
 esconde su grupa fría.

(16) *Eco de Jaén*, 26 de noviembre de 1936.

El valiente capitán,
con diez de su compañía,
entre biombos de abetos
sube por el monte arriba.
En el bastidor del campo
borda la fusilería
bodoques de plomo duro,
nombres de pólvora fina...
Y el valiente capitán,
con diez de su compañía,
cayó en medio del campo
sangrando por cuatro heridas.

* * *

¡Ay!, capitán miliciano
siempre estrenando sonrisas.
Las sombras de tu costado
muerden metal de agonía,
y rosas de sangre llueve
el cielo de tu camisa.
Ay, capitán miliciano
¿quién te dio capitanía?
¡si eran estrellas de muerte
estrellas que tú lucías!
La noche, desnuda y sola,
sangraba en tus cuatro heridas.

«ROMANCE DE LA MADRE» (17)

A los camaradas de Cultura Popular.

Al pie de un olivo
espera la muerte.

(17) *La Mañana*, Jaén, 24 de septiembre de 1936.

¡Ay, olivo negro;
ay, olivo verde!

* * *

Sangre caliente llamaba
a los viejos campanarios
donde tres palomas sueñan
los mástiles de tres barcos.
—¿De quién la sangre, de quién
sangre reciente sonando?
—Sangre caliente, valiente,
¡es sangre de miliciano!
Murió entre rectas de pólvora
y charoles en triángulo,
al pie de un olivo amargo.

* * *

En los muros se recortan
perfiles decapitados,
que se acercan a la muerte
con el lento gesto sonámbulo,
y el agua besa a los juncos,
mientras bueyes y caballos
comen sus rosas de niebla
en la bandeja del campo.

* * *

Mujeres, ¡ha muerto mi hijo,
—clavel de sus veinte años—!
Dadme dos lirios de plata
que me recuerden sus manos.
Yo gritaré por el mundo,
—¡clavel de sus veinte años!—
hasta que me salte el pecho
y se me rompan los labios.
¡Yo gritaré por el mundo,
con el corazón en alto

—dolor de madre sin hijo—
mi duro dolor sin llanto!

* * *

Al pie de un olivo
la muerte, la muerte.
¡Ay, olivo negro;
ay, olivo verde!
Al pie de un olivo
muerto, madre, muerto.
¡Ay, olivo verde;
ay, olivo negro!

«ESTA ES MI VOZ...» (18)

A Diego Vadillos.

España:
Este carbón caliente, hallado de improviso...
Como hora de duras agonías
nacida de los siglos que no pudieron estallar,
—era cuando el trabajo, el sudor, la fatiga, aún no retaban
[a los ángeles—;
como mano que busca el alba de las cosas
y al encontrar castillos, puertas, muros, fronteras,
retrocede y se crispa en un puño, en amenaza,
así,
este carbón caliente, hallado de improviso...
Hallado ahora, precisamente ahora,
porque nuestra mirada dejaba de ser fría.

Han sido necesarios
montes de ira, llanos rencorosos,

(18) Poema mecanografiado, estimado como inédito, que atesoraba Rafael Palomino Gutiérrez, y del que poseía reservadísima copia junto a las de José Rus y Cesáreo Rodríguez-Aguilera, quien lo enviara para una bellísima antología de plástica y poesía de la resistencia, que se publicara en Italia.

las espuelas del hambre y de los siglos,
y esos ríos de sangre que buscaban
viejos mares burgueses de saliva.
Ha sido necesario
el odio, sus espumas necesarias,
para que encuentre sombras de la vida
el perfil verdadero de la muerte.

A los que os asomásteis al pretil del dolor
y volvísteis la cabeza a un horror estúpido;
a los que navegásteis sólo un momento
en aguas que flotaban vientres hinchados,
ojos como faroles,
torsos de hombres, árboles cortados,
a vosotros yo os digo:

Sé que la juventud ha mordido la muerte
con esos dientes decididos que sólo es capaz la verdad o
una piedra;
sé que en el corazón de las ciudades indefensas
hay casas que sepultan a las madres mejores;
sé que allí, desde allí,
hay quien tira metales, rabia, saliva, asco,
a los pechos más fuertes.
Cualquier día se hundirá este puente que hoy cruzo.
Pero esta sangre joven que estremece el aliento de las
[multitudes obreras,
y suspende en el aire el relincho de un caballo;
esta sangre joven amontonada en los silencios que no
[podremos olvidar,
nos asegura, España, que tu nombre es el tuyo.

Y esta es mi voz...